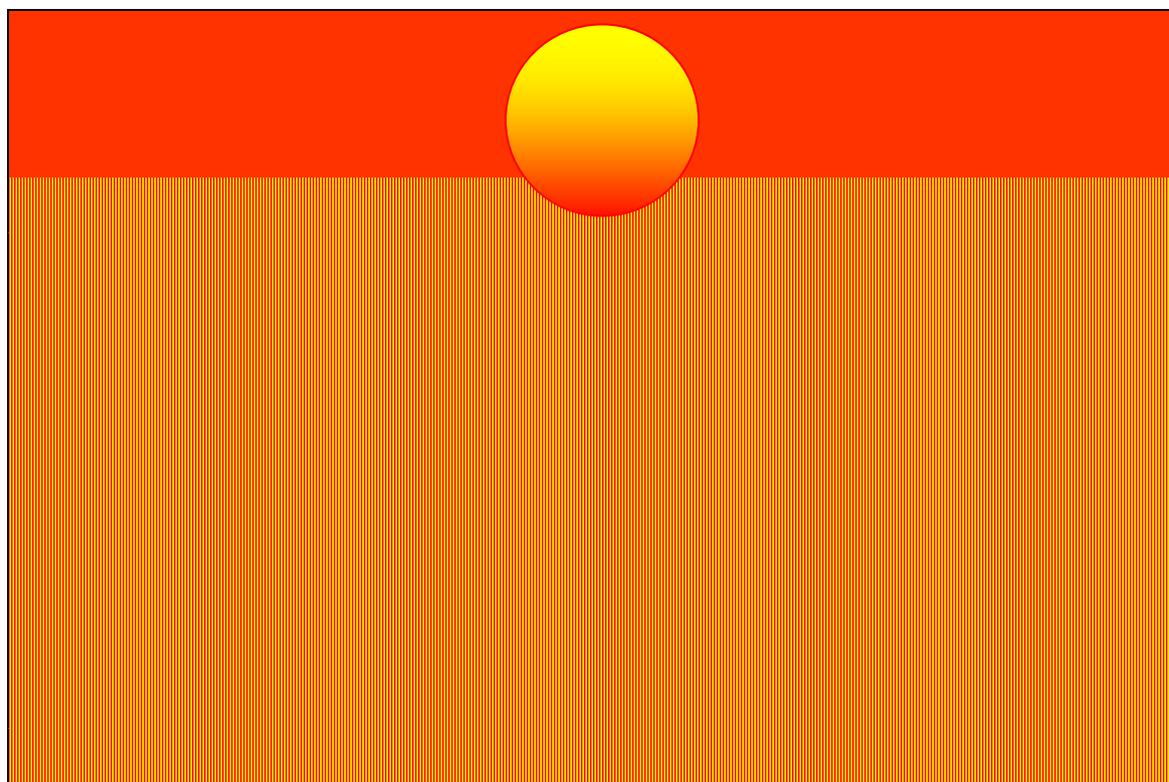


alain badiou

LA REVOLUCIÓN CULTURAL

¿La última revolución?

Les conférences du Rouge-Gorge



Establecimiento y traducción al español: A. Arozamena

¿Por qué?

¿Por qué hablar de la “Revolución cultural” –nombre oficial de un largo período de disturbios graves en la China comunista, entre 1965 y 1976? Al menos por tres razones.

1. La Revolución cultural fue una referencia constante y viva para la acción militante en el mundo entero, y especialmente en Francia, al menos entre 1967 y 1976. La R-C forma parte de nuestra historia política, funda la existencia de la corriente maoísta, única verdadera creación de los años 60 y 70. Puedo decir “nuestra”, yo era maoísta, y en cierto sentido, por citar a Rimbaud, “yo (lo) soy, y (lo) soy siempre”. Toda clase de trayectorias subjetivas y prácticas encontraron, en la incansable creatividad de los revolucionarios chinos, su *nominación*. Cambiar de subjetividad, vivir de otro modo, pensar de otro modo, los chinos –y después nosotros– llamaron a todo ello la “revolucionarización”. Decían: “cambiar al hombre en lo que tiene de más profundo”. Nos enseñaron que, en la práctica política, se debe ser a la vez, puesto que la vieja visión del mundo está siempre tan presente en nosotros, “el arquero y la flecha”. Al final de los años sesenta estábamos por todas partes, en las fábricas, en las ciudades, en el campo. Decenas de millares de estudiantes se convertían en proletarios, o vivían en las residencias obreras. También existían, para esto, palabras de la Revolución cultural: los “grandes intercambios de experiencia”, “servir al pueblo”, y, siempre esencial: la “ligazón de masas”. Luchamos contra la inercia brutal del PCF, su conservadurismo violento. En China también se atacaba el burocratismo del Partido, eso se llamaba “luchar contra el revisionismo”. Incluso las escisiones, los enfrentamientos entre revolucionarios de orientaciones diferentes, se dieron en China: “desalojar a la banda negra”, acabar con los que son “de izquierda en apariencia y de derecha en realidad”. Cuando nos plantábamos en una situación política popular, huelga de fábrica o enfrentamientos contra los gerentes fascizantes de las residencias, sabíamos que era preciso “sobresalir en descubrir la izquierda proletaria, captar al centro, aislar y aplastar a la derecha”. El *Pequeño Libro rojo* de Mao era nuestra guía, no para todo, como dicen los necios, con fines de catequización dogmática, sino, muy al contrario, para aclararnos e inventar vías nuevas en toda clase de situaciones dispares anteriormente desconocidas para nosotros. Sobre todo eso, al no ser de los que cubren su abandono y su adhesión a la reacción establecida con referencias a la psicología de las ilusiones o a la moral de los extravíos, nosotros, no podemos más que citar nuestras fuentes, y rendir homenaje a los revolucionarios chinos.
2. La Revolución cultural es el ejemplo tipo (una noción más del maoísmo, el ejemplo tipo: un hallazgo revolucionario que es preciso generalizar) de una experiencia política que satura la forma del Partido-Estado. Empleo aquí la categoría de “saturación” en el sentido que le da Sylvain Lazarus¹: intentaré demostrar que la Revolución cultural es la última secuencia política significativa aún interna al Partido-Estado (en este caso, al Partido Comunista Chino) y por ello fracasa. Ya Mayo de 68 y sus consecuencias es un poco otra cosa. El movimiento polaco o Chiapas es otra cosa. La Organización Política, es

¹ Sylvain Lazarus, *Anthropologie du nom*, Le Seuil, 1996, p.37. [*Antropología del nombre*, del profesor Sylvain Lazarus será una de nuestras próximas traducciones. Nota de traductor: A.Arozamena]

absolutamente otra cosa. Pero sin la saturación de los años sesenta y setenta no existiría nada pensable, fuera del espectro del Partido o de los partidos –Estado².

3. La Revolución cultural es una gran lección sobre historia y política, sobre la historia pensada a partir de la política (y no a la inversa). En efecto, dependiendo de cómo se examine esta “revolución” (la propia palabra está en el corazón de la saturación), según la historiografía dominante o según una cuestión política real, se llega a discordancias penetrantes. Lo que importa es ver bien que la naturaleza de esta discordancia no está en el registro empírico o positivista de la exactitud o de la inexactitud. Podemos estar de acuerdo sobre los hechos, y desembocar en juicios perfectamente contrarios. Es precisamente esta paradoja lo que nos va servir para entrar en materia.

Relatos

La versión historiográfica dominante ha sido puesta a punto por diversos especialistas, particularmente por sinólogos, desde 1968, y no ha cambiado desde entonces. Se halla consolidada en lo que ha llegado a ser, en palabras encubiertas, la versión oficial de un Estado chino dominado desde 1976 por supervivientes y revanchistas de la Revolución cultural, Teng Hsiao Ping a la cabeza.

¿Qué dice esta versión?³ Que en vez de una revolución se trataría de una lucha por el poder en las cimas de la burocracia del Partido-Estado. Que el voluntarismo económico de Mao, encarnado por la consigna del “Gran Salto adelante” fue un completo fracaso hasta el punto de entrañar el retorno del hambre en el campo. Que como consecuencia de este fracaso Mao es minoritario en las instancias dirigentes del partido y que impone su ley un grupo “pragmático” en el que las personalidades dominantes son Liu Shao Shi (nombrado ahora presidente de la República), Teng Hsiao Ping (secretario general del partido) y Peng Chen (alcalde de Pekín). Que Mao intentó desde 1963 dirigir contraofensivas pero que se embarrancó en las instancias regulares del partido. Que, entonces, sólo tenía como recurso fuerzas extrañas al partido, ya sea externas (guardias rojos estudiantes) o ya sea externas/internas, principalmente el ejército, del que había retomado el control después de la eliminación de Peng Teh-huai y su remplazamiento por Lin Piao⁴. Que existió entonces, y únicamente a causa de la voluntad de Mao de retomar el poder, una situación caótica y sangrante, sin que jamás, hasta la muerte del culpable (en 1976), se llegase a una estabilización.

En realidad, se puede convenir que nada en esta versión, es, propiamente hablando, inexacto. Pero nada tampoco toma el sentido verdadero que le da, únicamente, la comprensión política de los episodios, su concentración en un pensamiento todavía activo hoy.

1. ¿Ninguna estabilización? Ciertamente. Pero es que precisamente se trata de que es imposible desplegar la novedad política en el cuadro del Partido-Estado. Ni la libertad creativa más esperada por las masas estudiantes y obreras (entre 1966 y 1968), ni el control ideológico y estatal del ejército (entre 1968 y 1971), ni la solución de las cuestiones, una tras otra, en el buró político donde se enfrentan tendencias antagónicas (entre 1972 y 1976)

² Sobre el/los partidos-Estado como figuras centrales del siglo XX, se leerá la precedente conferencia del Rouge-Gorge, *Los regímenes del siglo*, pronunciada por Sylvain Lazarus.

³ El libro que da el estilo general de las versiones oficiales o “críticas” (por una vez extrañamente de acuerdo) de la Revolución cultural es el de Simon Leys, *Les habits neufs du Président Mao*.

⁴ Sobre estos episodios, y más generalmente sobre los hechos principales del período, se remitirá a la cronología que sigue (p.)

permitieron que las ideas revolucionarias se instalasen y que una situación política totalmente nueva, enteramente despegada del modelo soviético, pudieran al fin ver el día a escala de conjunto.

2. ¿El recurso a las fuerzas exteriores? Ciertamente. Pero este recurso intentaba obtener, y tuvo por efecto, tanto a corto como a medio plazo, y quizás todavía hoy, una desintrincación parcial del Partido y del Estado. Se trataba de arruinar, al menos en la duración de un movimiento gigantesco, al formalismo burocrático. Que al mismo tiempo se provocara la anarquía de las facciones no hace más que designar una cuestión política esencial para los tiempos que vienen: ¿qué es lo que funda la unidad de una política, si no está directamente garantizada por la unidad formal del Estado?
3. ¿Una lucha por el poder? Evidentemente. Es bastante ridículo oponer la lucha por el poder a “revolución”, puesto que, precisamente, no se puede entender por revolución más que la articulación de fuerzas políticas antagónicas sobre la cuestión del poder. De forma permanente, los maoístas citaron constantemente a Lenin, para quien, explícitamente, la cuestión de la revolución es en última instancia la del poder. El verdadero problema, muy complejo, sería, más bien, saber si la Revolución cultural no pone fin a la concepción revolucionaria de la articulación entre política y Estado. Esta fue en verdad su gran cuestión, su debate central y violento.
4. ¿El “Gran Salto adelante”, un fracaso cruel? Sí, en muchos aspectos. Pero este fracaso resulta de un examen crítico de la doctrina de Stalin. No es cuestión, en absoluto, de echar la culpa de ello a un tratamiento uniforme de las cuestiones relativas al desarrollo del campo por el “totalitarismo”. Mao examinó severamente (numerosas notas escritas dan pruebas de ello) la concepción estalinista de la colectivización y su insondable desprecio hacia los campesinos. Su idea no era, de ningún modo, colectivizar de manera violenta y forzada, para asegurar a cualquier precio la acumulación en las ciudades. Era, muy al contrario, industrializar in situ los campos, dotarlos de una relativa autonomía económica y de esta manera evitar la proletarización y la urbanización salvajes que tomaron, en la URSS, la presencia de una catástrofe. En verdad, Mao seguía la idea comunista de una resolución efectiva de la contradicción entre la ciudad y el campo, y no la de un borramiento violento del campo en beneficio de la ciudad. Si existe un fracaso, es de naturaleza política, y es un fracaso muy distinto al de Stalin.

En definitiva, es preciso afirmar que la propia descripción abstracta de las cosas no conduce en absoluto al mismo pensamiento, si opera según axiomas políticos diferentes.

Fechas

La querrela es mucho más evidente sobre las fechas. El punto de vista dominante, que es también el del Estado Chino, es que la Revolución cultural duró 10 años, de 1966 a 1976, desde los guardias rojos hasta la muerte de Mao. Diez años de disturbios, diez años perdidos para un desarrollo racional.

En realidad, esta datación puede defenderse, si se razona desde el estricto punto de vista de la historia del Estado chino, teniendo como criterios: la estabilidad civil, la producción, una cierta unidad a la cabeza de las administraciones, la cohesión del ejército, etc. Pero tal no es mi axioma y tales no son mis criterios. Si se examina la

cuestión de las fechas desde el punto de vista de la política, de la invención política, el criterio principal se convierte en: ¿cuándo puede decirse que se localizan creaciones de pensamiento colectivas, de tipo político? ¿cuándo la práctica y las consignas están en exceso verificable sobre la tradición y el funcionamiento del Partido-Estado chino? ¿cuándo surgen enunciados de valor universal? Claro que, entonces, se fijan otros límites del proceso que tuvo por nombre “Gran Revolución cultural proletaria”, y que llamaremos, entre nosotros, “la GRCP”.

Por lo que a mi concierne, propongo decir que la Revolución cultural, así concebida, forma una secuencia que va de noviembre de 1965 a julio de 1968. Podría incluso admitir (es una discusión de técnica política) una restricción drástica, que situaría el momento revolucionario propiamente dicho entre mayo de 1966 y septiembre de 1967. El criterio es la existencia de una actividad política de masas, de sus consignas, de sus organizaciones nuevas, de sus lugares propios. A través de los cual se constituye una referencia ambivalente, pero incontestable, para todo pensamiento político contemporáneo digno de este nombre. En este sentido, existe “revolución” porque existen los guardias rojos, los rebeldes obreros revolucionarios, innumerables organizaciones y “cuarteles generales”, situaciones totalmente imprevisibles, enunciados políticos nuevos, textos sin precedentes, etc.

Hipótesis

¿Cómo proceder para que este gigantesco seísmo sea expuesto en el pensamiento, y produzca sentido hoy? Voy a formular una hipótesis y a experimentarla sobre diversas dimensiones, factuales o textuales, de la secuencia de la que hablo (o sea: China entre noviembre de 1965 y julio de 1968).

La hipótesis es la siguiente. Estamos en las condiciones de una división esencial del Partido-Estado (el Partido Comunista chino en el poder desde 1949), división esencial en lo que respecta a cuestiones cruciales en cuanto al devenir del país: la economía y la relación entre la ciudad y el campo; la transformación eventual del ejército; el quiebre de la guerra de Corea; los intelectuales, las universidades, el arte y la literatura, y finalmente el valor del modelo soviético. Pero tan esencial y más todavía es que la corriente minoritaria en los cuadros del partido esté al mismo tiempo dirigida, o representada, por aquel en el que la legitimidad histórica y popular es la más grande, a saber, Mao Tse-Tung. Existe un temible fenómeno de no coincidencia entre la historicidad del partido (el largo período de guerra popular, contra los japoneses primero y después contra Tchang Kai-Shek) y el estado presente de su actividad como osamenta del poder de Estado. Por lo demás, se invocará constantemente durante la Revolución cultural, singularmente en el ejército, el período de Yenan como modelo de la subjetividad política comunista.

Este fenómeno tiene las siguientes consecuencias: el enfrentamiento de las posiciones no llega a ser normalizado por las reglas del formalismo burocrático. Pero tampoco lo alcanza a ser por los métodos de la depuración terrorista utilizada por Stalin en los años treinta. Ahora bien, en el espacio del Partido-Estado no hay más que formalismo o terror. Mao y su grupo van a tener que inventar un tercer recurso, el recurso a la movilización política de masas, para intentar vencer a los representantes de la corriente mayoritaria, y sobre todo a sus dirigentes en las instancias superiores del Partido y del Estado. Este recurso supone que se admiten formas no controladas de revuelta y de organización. El grupo de Mao, después de bastantes vacilaciones, va a imponer en efecto que se las admita, en primer lugar en las universidades y acto seguido

en las fábricas. Pero, contradictoriamente, también va a intentar restablecer todas las innovaciones organizativas de la revolución en el espacio del Partido-Estado.

Nos encontramos en el corazón de la hipótesis: la revolución cultural es el desarrollo histórico de una contradicción. Por un lado, se trata de reanimar la acción revolucionaria de masas en los márgenes del Estado de la dictadura del proletariado, o más aún de reconocer, en la jerga teórica de la época, que aunque el Estado sea formalmente un Estado “proletario” la lucha de clases continúa, aquí comprendida en las formas de la revuelta de masas. Mao y los suyos llegarán incluso a decir que la burguesía se reconstituye y se organiza *en el partido comunista mismo*. Por otro lado, la guerra civil propiamente dicha queda excluida, la forma general de la relación entre el Partido y el Estado, en particular en lo que concierne a las fuerzas represivas, debe permanecer invariable, al menos en lo que no es verdaderamente cuestión de *destruir* el Partido, que es lo que Mao dará a conocer indicando que “la aplastante mayoría de los cuadros son buenos”.

Esta contradicción va a entrañar a la vez desbordamientos sucesivos de la autoridad del Partido por las revueltas locales, la anarquía violenta de estos desbordamientos, el carácter ineluctable de una vuelta al orden de una gran brutalidad, y en definitiva la entrada en escena decisiva del ejército popular.

Los desbordamientos sucesivos fijan la cronología (las etapas) de la Revolución cultural. El grupo dirigente revolucionario va a intentar, en primer lugar, mantener la revuelta en el cuadro de las unidades de enseñanza. Esta tentativa fracasó a partir de agosto de 1966, cuando los guardias rojos toman las ciudades. A continuación, se tratará de mantenerla en el cuadro de la juventud escolarizada. Pero desde finales de 1966, y sobre todo a partir de 1967, los obreros se convierten en la fuerza principal del movimiento. A continuación se buscará aislar a las administraciones del Partido y del Estado, pero ellas estarán en la tormenta a partir de 1967 a través del movimiento de las “tomas de poder”. En fin, se querrá guardar al ejército a todo precio como potencia en reserva, como recurso último. Incluso cuando ello se haga imposible, con el desencadenamiento de las violencias registrado en Agosto de 1967 en Wuhan y en Cantón. Por lo demás, se está a la vista de un riesgo real de escisión de las fuerzas armadas que abrirá el lento movimiento de inversión represiva, comenzado en septiembre de 1967.

Digamos así las cosas: las invenciones políticas que dieron a la secuencia su aspecto revolucionario incontestable, no pudieron desplegarse más que como desbordamientos a la luz de los objetivos que les habían asignado tanto los actores mismos de la revolución (la juventud y sus innumerables grupos, los rebeldes obreros...) como los considerados sus dirigentes naturales: Mao y su grupo minoritario. Así que, estas invenciones que siempre fueron localizadas y singulares no pudieron devenir en proposiciones estratégicas y reproducibles. Es por lo que, en definitiva, la significación estratégica (o la carga universal) de estas invenciones era negativa. Pues lo que comportan, y lo que hizo vivamente avanzar a las conciencias militantes del mundo entero, no era nada más que el fin del Partido-Estado como producción central de la actividad política revolucionaria. Más generalmente, la Revolución cultural ha demostrado que ya no era posible asignar ni las acciones revolucionarias de masas, ni los fenómenos organizativos, a la estricta lógica de la representación de clases. Esta es la razón por la que permanece como un episodio político de muy primera importancia.

Campos experimentales

Quisiera experimentar la hipótesis arriba expuesta sobre siete referentes seleccionados, tomados, además, en orden cronológico.

1. La circular en 16 puntos de Agosto de 1966, que quizás se deba a la mano de Mao, y que es, en todo caso, el documento central y el más novedoso, el más en ruptura con el formalismo burocrático de los partidos-Estado.
2. Los guardias rojos y la sociedad china (el período que va de Agosto de 1966 a, al menos, agosto de 1967). Exploración, sin duda, de los límites de la capacidad política de la juventud estudiante más o menos liberada a ella misma, y esto, cualquiera que sean las circunstancias.
3. Los “rebeldes revolucionarios obreros” y la Comuna de Shangai (enero/febrero 1967), episodio capital e inacabado, puesto que propone una forma de poder alternativa al centralismo del partido.
4. Las “tomas de poder”: “gran alianza”, “triple unión” y “comités revolucionarios”, de enero de 1967 a la primavera de 1968. Se trata ahí de saber si el movimiento crea realmente nuevas organizaciones, o no pretende más que una regeneración del partido.
5. El incidente de Wuhan (julio de 1967). Se está en el apogeo del movimiento, el ejército al borde de la división, la extrema izquierda crece en su ventaja, pero precisamente ella es la que va a sucumbir.
6. La entrada de los obreros en las universidades (fin de julio de 1968), que es en realidad el episodio final de la existencia de las organizaciones estudiantes independientes.
7. El culto a la personalidad de Mao. Esta característica fue con frecuencia el objeto de los sarcasmos occidentales que al final olvidaron preguntarse cuál podría ser su significación, y en particular su significación en la Revolución cultural, en la que el tal “culto” sirvió de bandera, no a los conservadores del partido, sino a los rebeldes estudiantes y obreros.

La decisión en 16 puntos

Este texto fue adoptado por una sesión del Comité central el 8 de Agosto de 1966. Pone en escena, con una suerte de genio, la contradicción fundamental de la empresa llamada “Revolución cultural”. Uno de los signos de esta puesta en escena es, además, que no explica, o casi no lo explica, el nombre (“cultural”) de la secuencia política en curso. Si no por la enigmática y metafísica primera frase: “La Revolución cultural aspira a cambiar al hombre en lo que le es más profundo”. A este respecto, “cultural” equivale a “ideológica”, en un sentido particularmente radical.

Todo el sentido del texto es una llamada pura y simple a la libre revuelta, en la gran tradición de las legitimaciones revolucionarias.

Es un texto muy probablemente ilegal, pues la composición del Comité central fue “corregida” por el grupo de Mao con el apoyo del ejército (o de ciertas unidades adictas a Lin Piao). Los militantes revolucionarios de las universidades estuvieron presentes, a los burócratas conservadores se les impidió ir. En realidad, y esto es importantísimo, esta decisión abre un período de inexistencia tanto del Comité central como del secretariado del Partido. Sin embargo, los textos centrales importantes serán firmados conjuntamente por tres instituciones: el Comité central, ciertamente, pero que no es más que un fantasma; el “grupo encargado de la Revolución cultural”, grupo *ad*

hoc muy restringido⁵, pero que dispone de la realidad del poder propiamente político como reconocido por los rebeldes; el Consejo de asuntos de Estado, presidido por Chou En-lai, y en fin, garante de un mínimo de continuidad administrativa, la temible comisión militar del Comité central, reorganizada por Lin Piao.

Ciertos pasajes de la circular son de una particular virulencia, tanto en lo que concierne a la exigencia revolucionaria inmediata como a la necesidad de oponer al partido nuevas formas de organización.

En lo que concierne a la movilización popular, se citará en particular los puntos 3 y 4, en los que los títulos son “Acordar la primacía de la audacia y movilizar sin reserva a las masas”, y “Que las masas se eduquen en el movimiento”. Por ejemplo:

Lo que el Comité Central del Partido pide a los comités del partido en todos los escalafones es perseverar en la dirección justa, acordar la primacía de la audacia, movilizar sin reserva a las masas, acabar con este estado de debilidad e impotencia, animar a los camaradas que han cometido errores, pero que quieren corregirlos, verter la carga de sus faltas, unirse a la lucha, relevar de sus funciones a los que detentan puestos de dirección y adoptan la vía capitalista, y volver a tomar la dirección para devolverla a los revolucionarios proletarios.

O un poco más:

Es preciso tener confianza en las masas, apoyarse en ellas y respetar su espíritu de iniciativa. Es necesario rechazar el temor y no tener miedo de los problemas. El Presidente Mao nos ha enseñado siempre que una revolución no puede cumplirse con tanta elegancia y delicadeza, o con tanta dulzura, amabilidad, cortesía, moderación y generosidad del alma. ¡Que las masas se eduquen en este gran movimiento revolucionario, y operen la distinción entre lo que es justo y lo que no, entre las maneras de actuar correctas e incorrectas!

Hay que usar el método de los periódicos murales en grandes caracteres y los grandes debates para permitir amplias y francas exposiciones de opiniones, a fin de que las masas puedan expresar sus puntos de vista justos, criticar los puntos de vista erróneos y denunciar todos los genios malignos. De esta manera, las amplias masas podrán, en la lucha, elevar su conciencia política, acrecentar su capacidad y su talento, distinguir lo que es justo de lo que no lo es y distinguir a los enemigos que se esconden entre ellos.

Un detalle del punto 7 es particularmente importante y tendrá inmensas consecuencias prácticas. Helo aquí:

Ninguna medida debe ser tomada contra los estudiantes y alumnos de las universidades, institutos, escuelas secundarias y primarias a propósito de los problemas que surjan en el curso del movimiento.

Todo el mundo en China comprende que, al menos para el período que se abre, la juventud revolucionaria de las ciudades está asegurada con una forma de impunidad.

⁵ Hasta septiembre de 1967, el grupo dirigente maoísta comprendía doce personas: Mao, Lin Piao, Tchen Po-ta, Kiang Tsing, Yao Wen-yuan, Chou En-lai, Kang Cheng, Tchan Tcheou-kiao, Wang Li, Kouang Feng, Lin Kie, Tsi Pen-Yu. Se dice que Chen Yi, viejo veterano de centro-derecha y humorista valeroso, decía: “¿Esto es el gran Partido comunista chino? ¿Doce personas?”. Sin embargo, se podría señalar que el grupo dirigente el Comité de Salud Pública entre 1792 y 1794 era todavía mucho más restringido. Las revoluciones combinan gigantescos fenómenos de masas con una dirección política con frecuencia muy restringida.

Es evidentemente lo que le permitirá propagarse por todo el país y llevar el espíritu de revolución, en todo caso hasta septiembre de 1967.

En lo que concierne a las formas de organización, el punto 9, titulado “A propósito de los grupos, de los comités y de los congresos de la Revolución cultural”, da su aval a la invención, en y por el movimiento, de múltiples reagrupamientos políticos exteriores al partido:

Numerosas cosas nuevas han comenzado a aparecer en el movimiento de la Gran Revolución cultural proletaria. Los grupos y los comités de la Revolución cultural, así como otras formas de organización, creadas por las masas en numerosas escuelas y numerosos organismos son algo nuevo y de una gran importancia histórica.

Estas nuevas organizaciones no son consideradas como temporales, lo que prueba que el grupo maoísta, en agosto de 1966, pretende destruir el monopolio político del partido:

Los grupos, comités y congresos de la Revolución cultural no deben ser organizaciones temporales, sino organizaciones de masas permanentes llamadas a funcionar durante mucho tiempo.

En fin, se trata claramente de organizaciones sometidas a la democracia de masas, y no a la autoridad del partido, como lo demuestra la referencia a la Comuna de París, por tanto a una situación proletaria anterior a la teoría leninista del partido:

Es necesario aplicar un sistema de elección general semejante al de la Comuna de París, para elegir a los miembros de los grupos y los comités de la Revolución cultural y los representantes a los congresos de la Revolución cultural. Las listas de los candidatos deben ser propuestas por las masas revolucionarias después de amplias consultas, y las elecciones no tendrán lugar sino después de las repetidas discusiones de las listas por las masas.

Los miembros [de los comités] y los representantes [a los congresos] pueden ser remplazados por elecciones o revocados por las masas después de discusión si ellos se muestran incompetentes.

Sin embargo, si se lee el texto atentamente, sabiendo lo que quiere decir “leer un texto” cuando proviene de la instancia dirigente de un Partido Comunista, se notará que, a través de las restricciones cruciales puestas a la libertad de crítica, se produce como un cierre del impulso revolucionario al que es necesario llamar constantemente.

En primer lugar, se sostiene como axiomáticamente, que, por lo esencial, el partido es bueno. El punto 8 (“A propósito de los cuadros”) distingue, en el examen de la Revolución cultural, cuatro clases de cuadros (recordemos que en China, es “cuadro” quien dispone de una autoridad, aunque sea mínima): buenos, relativamente buenos, lo que han cometido graves errores, pero enmendables, y al fin, “un pequeño número de derechistas antipartido y antisocialistas”. La tesis es ahora que “las dos primeras categorías (los que son buenos o relativamente buenos) constituyen la gran mayoría”. Es decir, que el aparato de Estado y su dirección interna (el partido) están en buenas manos por lo esencial, lo que hace paradójico el recurso a métodos revolucionarios de una tan gran envergadura.

En segundo lugar, aunque se haya dicho que las masas deben tener la iniciativa, la crítica nominal de los responsables del Estado o del Partido está de hecho severamente controlada “desde arriba”. Sobre este punto, se retorna bruscamente a la

estructura jerárquica del partido (punto 11, “A propósito de la crítica hecha nominalmente en la prensa”):

Toda crítica a hacer nominalmente en la prensa debe ser sometida a las discusiones del comité del Partido en la misma escala, y en ciertos casos, a la aprobación del comité del Partido a escala superior.

El resultado de esta directiva será que innumerables cuadros del partido, comenzando por el presidente de la República, Liu Shao Shi, serán violentamente criticados por las organizaciones revolucionarias de masas en los “pequeños periódicos”, en caricaturas, en pequeños carteles, meses, incluso años, antes de que su nombre apareciera en la prensa central. Así es que estas críticas guardaron un carácter local o rescindido. Dejaron en suspenso las *decisiones* correspondientes.

El punto 15, en fin –“Las fuerzas armadas”-, extremadamente sucinto, indica como se hace vacío a una cuestión decisiva: ¿quién posee la autoridad sobre el aparato represivo? Clásicamente, el marxismo indica que una revolución debe romper el aparato represivo del Estado que tiene por objetivo y fin transformar hasta el fondo. Esto no es, ciertamente, lo que se entiende aquí:

En las fuerzas armadas, la Revolución cultural y el movimiento de educación socialista deben ser dirigidos conforme a las instrucciones de la Comisión militar del Partido y del Departamento político general del Ejército popular de liberación.

Aquí todavía, la autoridad centralizada del Partido regresa.

Finalmente, la circular en 16 puntos combina orientaciones dispares, y prepara, en lo que se refiere a su aspecto belicoso, los *impasses* sucesivos del movimiento en su relación al partido-Estado. Ciertamente, la cuestión es definir constantemente, a partir del movimiento de masas, un punto de vista diferente del que ha impuesto, en los últimos años, la corriente principal en las cimas del Partido. Pero dos cuestiones esenciales quedan en suspenso: ¿quién designa a los enemigos, quien fija el blanco de crítica revolucionaria? Y ¿cuál es, en este grave asunto, el papel del considerable aparato represivo: seguridad pública, milicias, ejército?

Guardias rojos y sociedad china

Inmediatamente después de la circular de agosto, el fenómeno de los “guardias rojos”, organizaciones de la juventud escolarizada, va a tomar una amplitud extraordinaria. Se conocen las gigantescas concentraciones de la plaza Tian An Men, que suceden durante todo el fin del año 1966, y donde Mao, mudo, se muestra a cientos de miles de jóvenes muchachos y muchachas. Pero lo más importante es que las organizaciones revolucionarias se despliegan en las ciudades, utilizando los camiones prestados por el ejército, y después por todo el país, beneficiándose del transporte gratuito en los trenes bajo el título del “cambio de experiencias”.

Es cierto que tenemos ahí la fuerza de la disuasión de la extensión del movimiento por toda China. Reina en este movimiento una libertad de hecho sorprendente, las tenencias se enfrentan a cielo abierto, los periódicos, panfletos, banderolas, interminables anuncios murales, multiplican las revelaciones de todo género, así como las declaraciones políticas. Feroces caricaturas no perdonan a nadie (en agosto de 1967, la puesta en cuestión de Chou En-lai, sobre grandes murales nocturnamente instalados, será una de las causas de la caída de la tendencia llamada

“ultraizquierdista”). Desfiles con gongs, tambores, proclamaciones inflamadas, circulan hasta muy tarde en la noche.

Por otro lado, la tendencia a la militarización, la acción incontrolada de grupos de choque, aparece muy temprano. La consigna general es la de la lucha revolucionaria contra las viejas ideas y las viejas costumbres (es lo que da su contenido al adjetivo “cultural”, que, en chino, ante todo quiere decir “proveniente de la civilización”, y en la vieja jerga marxista “perteneciente a la superestructura”). Gran cantidad de grupos hicieron de esta consigna una interpretación destructiva y violenta, incluso persecutoria. La caza dirigida hacia las mujeres que llevaban coletas, los intelectuales ilustrados, los profesores vacilantes, a todos los “cuadros” que no practicaban la misma fraseología que tal o cual grupúsculo, el saqueo de bibliotecas o museos, la insoportable arrogancia de pequeños jefes revolucionarios a la mirada de las masas indecisas, todo eso provocará, sobre todo en la gente corriente, una verdadera repulsión contra el ala extremista de los guardias rojos.

En su fondo, el problema ya estaba latiendo en la circular del 16 de mayo, primer acto público de rebelión de Mao contra la mayoría del Comité central. Esta circular declara rotundamente que es preciso sostener que “sin destrucción no hay construcción”. Estigmatiza a los conservadores, que plantean el espíritu “constructivo” para oponerse a toda destrucción de las bases de su poder. Pero la balanza es difícil de equilibrar entre la evidencia de la destrucción y el carácter lento y tortuoso de la construcción.

La verdad es que, armados de la única consigna de “la lucha de lo nuevo contra lo viejo”, gran cantidad de guardias rojos ceden a una tendencia (negativa) bien conocida de las revoluciones: la iconoclastia, la persecución de la gente por motivos fútiles, una especie de barbarie asumida. Es también una pendiente de la juventud liberada a ella misma. Se sacará la conclusión de que toda organización política debe ser transgeneracional, y que organizar la separación política de la juventud es una mala cosa.

Ciertamente los guardias rojos no han inventado el radicalismo anti-intelectual del espíritu revolucionario. En el momento de condenar a muerte al químico Lavoisier, durante la Revolución francesa, el acusador público Fouquier-Tinville pronunció estas palabras: “La República no tiene necesidad de sabios”. Y es que una verdadera revolución estima que ella crea por sí misma todo de lo que tiene necesidad, y es necesario respetar este absolutismo creador. La Revolución cultural fue, a este respecto, una verdadera revolución. Sobre la cuestión de la ciencia y de la técnica, la consigna fundamental fue que lo que cuenta es ser “rojo” y no ser “experto”. O, en la versión “moderada”, la que llegará a ser oficial: es preciso ser “rojo y experto”, pero rojo en primer lugar.

Sin embargo, lo que agravó considerablemente la barbarie de ciertos grupos de choque revolucionarios es que no había, a escala de la acción de la juventud, un espacio político global para la afirmación política, para la creación positiva de lo nuevo. Las tareas de la crítica, de la destrucción. Las tareas de la crítica, de la destrucción, al tener una evidencia mucho mayor que las de la invención, quedaron suspendidas en las luchas implacables que se desarrollaron en las cimas del Estado.

La Comuna de Shangai

El fin del año 1966 y el comienzo del 67 representan un tiempo intenso de la revolución cultural: la entrada en escena, masiva, decisiva, de los obreros de las fábricas. Shangai juega un papel piloto en este tiempo intenso.

Es muy necesario ver la paradoja de esta entrada en escena de la que, oficialmente, es la “clase dirigente” del Estado chino. Se hace, si se puede decir, por la derecha. En diciembre del 66, son en efecto los burócratas locales, la dirección conservadora del partido y de la municipalidad, los que utilizan una clientela obrera – particularmente los sindicalistas- contra el movimiento maoísta de los guardias rojos. Un poco, por lo demás, como en Mayo de 1968 y en los años que siguieron, en Francia, el PCF intentó utilizar la vieja guardia de la CGT contra los revolucionarios estudiantes ligados a los jóvenes obreros. Aprovechando una situación agitada, los bonzos del Partido y la municipalidad de Shangai lanzan a los obreros en toda una suerte de reivindicaciones sectoriales de tipo puramente económico, y los amaestran de paso contra toda intervención de los jóvenes revolucionarios en las fábricas y las administraciones (todo como en Mayo 68 el PCF levantó barricadas en las fábricas con piquetes a su sueldo y dio caza a los “izquierdistas”). Estos movimientos sindicalizados, dirigidos con rudeza, son de gran amplitud, particularmente la huelga de los transportes y la de la energía, que apuntaban a propagar una atmósfera de caos, a fin de que los bonzos del partido pudieran presentarse como los salvadores del orden. Por todas estas razones la minoría revolucionaria va a verse coaccionada a intervenir contra las huelgas burocratizadas, y a oponer contra el “economismo” y la demanda de “estimulantes materiales” una austera campaña por el trabajo comunista y, sobre todo, por la primacía de la conciencia política global sobre las reivindicaciones particulares. Tal será el terreno de la gran consigna sostenida particularmente por Lin Piao: “Luchar contra el egoísmo y criticar el revisionismo” (se sabe que “revisionista” designa, para los maoístas, la línea de abandono de toda dinámica revolucionaria seguida por la URSS, los partidos comunistas de la cual dependían y un gran número de cuadros del partido chino).

Al principio, el grupo maoísta obrero es demasiado débil. Se habla de 4000 obreros hacia fines de 1966. Ciertamente, va a ligarse a los guardias rojos y a constituirse en minoría activista. Con todo y con eso, su libertad de acción en las fábricas no es muy grande, salvo en ciertas empresas en las que será la gloria, como la fábrica de máquinas-herramientas, dada como ejemplo por los revolucionarios durante muchos años. A mi juicio, es porque la acción directa obrera se choca en las fábricas con vivas resistencias (la burocracia allí está muy implantada) por lo que los activistas maoístas van a desplegarse a escala del poder urbano. Recibiendo para hacerlo la ayuda de una parte de los cuadros, desde mucho tiempo adictos a Mao, y de una fracción del ejército, ellos van a destituir a la municipalidad y al comité local del partido. De ahí lo que se va llamar la “toma de poder”, y que va a marcar, bajo el nombre de “Comuna de Shangai”, una curva de la Revolución cultural.

Esta “toma de poder” es inmediatamente paradójal. Por un lado, se inspira – como ya lo hacía la circular en 16 puntos- en un contramodelo absoluto del Partido-Estado: la coalición de organizaciones dispares que constituía la Comuna de Paris, y de la que ya Marx había criticado la ineficaz anarquía. Por otro lado, este contramodelo no tenía ningún desarrollo nacional posible, en la medida en que, a nivel nacional, la figura del Partido permanece como la única que se admite, incluso si gran número de sus órganos tradicionales está en crisis. A lo largo de los tumultuosos episodios de la revolución, Chou En-lai permanece como el garante de la unidad del Estado y de un funcionamiento mínimo de las administraciones. Jamás estuvo, que se sepa, desaprobado por Mao, en esta tarea que le forzaba a navegar lo más cerca posible, aquí comprendido lo más cerca posible de los derechistas (es a él a quien volverá a ensillar Teng Hsiao-ping, “el segundo de los más altos responsables que, a pesar del partido, están comprometidos en la vía capitalista”, según la fraseología de la revolución, y esto,

desde mitad de los años setenta). Ahora bien, Chou En-lai precisó bien a los guardias rojos que los “cambios de experiencias” en todo el país eran lícitos pero que no se sabría tener organización revolucionaria de amplitud nacional.

De modo que, la Comuna de Shangai, constituida después de interminables discusiones a partir de organizaciones estudiantiles y obreras con base local, no puede tener sino una unidad frágil. Aunque el gesto (la “toma de poder” por los revolucionarios) es fundamental, su espacio político es muy estrecho. De ello resulta que la entrada en escena de los obreros sea a la vez un espectacular ampliamiento de la base de masas revolucionaria, una gran y a veces violenta puesta a prueba de las formas de poder burocratizadas, y el esbozo sin día siguiente de una nueva articulación entre la iniciativa política popular y el poder de Estado.

Las tomas de poder

Durante los primeros meses de 1967, en la escuela de los acontecimientos de Shangai, donde los revolucionarios derrocaron el ayuntamiento antimaoísta, se van a ver multiplicarse, por todo el país, las “tomas de poder”. Existe un aspecto material impresionante en este movimiento: los revolucionarios, organizados en grupúsculos o grupos de choque, estudiante y obreros por lo esencial, invadieron los edificios administrativos de todas las especies, comprendidos aquí los de los ayuntamientos y los del partido, e instalaron, generalmente en medio de una confusión dionisiaca, no sin violencias y sin destrucciones, un nuevo “poder”. A menudo, se “muestra a las masas” a los antiguos detentadores del dicho poder, lo que no es ninguna ceremonia segura. El burócrata, o el presunto tal, lleva un bonete con orejas de burro y una pancarta describiendo sus crímenes, debe bajar la cabeza y recibir algunas patadas, o peor. Estos exorcismos son, por lo demás, prácticas revolucionarias bien conocidas. Se trata de hacer saber a la gente común allí aglomerada que los viejos intocables, los que con su altivez los habían sometido al silencio, están ahora confiados a la humillación pública. Después de su victoria de 1949, los comunistas chinos organizaron ceremonias de este género por todas partes en el campo, para destituir moralmente a los antiguos terratenientes, los “déspotas locales y los malos alcotanes”, haciendo saber así al menor de los campesinos chinos, contado como nada durante milenios, que el mundo había “cambiado de base” y que ahora era tenido por el verdadero amo y señor del país.

Pero se debe prestar atención a que, desde febrero, la palabra “comuna” –para designar los nuevos poderes locales- desaparece, remplazada por la expresión “comité revolucionario”. Este cambio no es ciertamente anodino, pues “comité” fue siempre el nombre de los órganos provinciales o municipales del partido. Se va a tener, por tanto, un vasto movimiento de puesta en lugar en las provincias, de “nuevos comités revolucionarios”, de los que nunca se precisó claramente si duplicaron, repitieron, o pura y simplemente remplazaron a los viejos y temidos “comités del partido”.

De hecho, la ambigüedad de la designación designa al comité como el producto impuro del conflicto político. Para los revolucionarios locales, se trata de sustituir al partido por un poder político diferente, después de la eliminación casi completa de los viejos cuadros dirigentes. Para los conservadores, que se defienden metro a metro, se trata de volver a ensillar a los cuadros locales después de una ficción de crítica. Son fomentados en esta vía por las repetidas declaraciones centrales de que la gran mayoría de los cuadros de partido es buena. Para la dirección nacional maoísta, concentrada en el muy restringido “grupo del Comité Central por la Revolución cultural”, una docena de personas, se trata de fijar un blanco para las organizaciones revolucionarias (las “tomas

de poder”), e inspirar a los adversarios un miedo duradero, todo ello preservando el cuadro general del ejercicio del poder, que reside a sus ojos en el partido único.

Las fórmulas poco a poco puestas por delante van a privilegiar la unidad. Se hablará de “triple unión”, lo que quiere decir: unir en los comités a un tercio de los revolucionarios nuevos, a un tercio de los viejos cuadros habiendo hecho eventualmente su autocrítica y a un tercio de militares. Se hablará también de “gran alianza”, o que quiere decir que localmente las organizaciones revolucionarias son invitadas a unirse entre ellas, y a hacer cesar sus enfrentamientos (a veces armados). Esta unidad supone de hecho una coerción gigante, por supuesto comprendido aquí el contenido de las discusiones, y una limitación de más en más severa del derecho a organizarse libremente alrededor de tal o cual iniciativa o convicción. Pero, ¿cómo hacer de otro modo salvo dejar las cosas derivar hacia la guerra civil y remitirse entonces a lo que suceda en el aparato represivo? El debate va a ocupar casi todo el año 1967, año decisivo bajo todos los aspectos.

El incidente de Wuhan

Este episodio del verano de 1967 es particularmente interesante, pues presenta todas las contradicciones de una situación revolucionaria en el momento de su apogeo, que es, por supuesto, el momento en que se anuncia su involución.

En Julio de 1967, con el apoyo de militares conservadores, la contrarrevolución de los burócratas domina en la enorme ciudad industrial de Wuhan, la cual no cuenta con menos de 500 000 obreros. El poder efectivo es detentado por un oficial, Chen Tsai-tao. Ciertamente, dos organizaciones obreras se enfrentan todavía, y estos enfrentamientos tienen, en mayo y junio, decenas de muertos. La primera, sostenida en la realidad por el ejército y ligada a los cuadros locales y a los viejos sindicalistas, se llama “el millón de valerosos”. La segunda, muy minoritaria, llamada “el acero”, encarna la línea maoísta.

La dirección central, preocupada por la dominación reaccionaria en la ciudad, envía sobre el terreno al ministro de la Seguridad pública, y a un miembro por entonces muy conocido del “grupo del Comité central por la Revolución cultural”, un tal Wang Li. Este Wang Li es muy popular entre los guardias rojos, pues es muy conocido por sus tendencias declamatorias “izquierdistas”. Ya había sostenido que era necesario depurar al ejército. Los enviados son portadores de una orden de Chu En-lai, ordenando sostener al grupo rebelde “el acero”, conforme a la directiva dirigida a los cuadros en general y a los militares en particular: “sobresalir en discernir y sostener a la izquierda proletaria en el movimiento”. Digamos de pasada que Chu En-lai está encargado de la impresionante tarea de arbitrar entre las facciones, entre las organizaciones revolucionarias rivales, y que, para hacerlo, recibe noche y día a delegados de la provincia. Es, pues, ampliamente responsable de los avances de la “gran alianza”, de la unificación de los comités revolucionarios, y también del discernimiento de lo que es “la izquierda proletaria” en las situaciones concretas, que son de más en más confusas y violentas.

El día de su llegada, los delegados del poder central tienen, con las organizaciones rebeldes, un gran mitin en el estadio de la ciudad. La exaltación revolucionaria llega a su cima.

Podemos ver a todos los actores de la fase activa de la revolución bien en su sitio: por un lado, los cuadros conservadores y su capacidad de movilización nunca descuidada, en primer lugar en los campos (las milicias venidas de los suburbios rurales participaron en la represión de los guardias rojos y de los rebeldes después del giro de 1968), pero también entre los obreros, y por supuesto en la administración; por otro, las

organizaciones rebeldes, estudiantes y obreras, contando con su activismo, su coraje, y el apoyo del grupo central maoísta, para arrastrarlos cuando son minoritarios; pero por otro lado, el ejército, al que se le requiere elegir lo que defiende; y aún por otro el poder central, buscando ajustar su política a las situaciones.

En algunas ciudades, la situación que anuda a todos estos actores es muy violenta. En Cantón en particular, los enfrentamientos entre los grupos de choque armados de las organizaciones rivales son cotidianos. El ejército, localmente, decidió lavarse las manos. Tomando como pretexto lo que se dijo en la circular de los 16 puntos (es preciso no intervenir en los problemas que surjan en el curso del movimiento), el jefe militar local pide solamente que ante una pelea callejera se firme ante él un “acta de pelea revolucionaria”. Sólo la llegada de refuerzos es proscrita. El resultado es que hay, sólo en Cantón, durante el verano, decenas de muertos todos los días.

En este contexto, en Wuhan, el asunto va a salir mal. La mañana del 20 de julio, los grupos de choque del “millón de valerosos” apoyados por unidades del ejército ocupan los puntos estratégicos, y lanzan en toda la ciudad una caza a los rebeldes. Se ataca el hotel en que residen los enviados del poder central. Un grupo de militares se apodera de Wang Li y de algunos guardias rojos y los apalea sin miramientos. El “izquierdista” es a su vez “mostrado a las masas” con una pancarta al cuello que lo estigmatiza -jironía de la situación!- como “revisiónista”, él que veía revisionistas por todas partes. El ministro de la Seguridad es secuestrado en su habitación. La universidad y las acerías, epicentros de la tendencia rebelde, son tomados al asalto por grupos armados sostenidos por blindados. Sin embargo, cuando las noticias comienzan a circular, otras unidades del ejército toman partido contra los conservadores y su jefe Chen Tsai-tao. La organización “acero” monta una contraofensiva. El comité revolucionario es tomado en estado de arresto. Algunos militares consiguen liberar a Wang Li, que dejará la ciudad corriendo a través de solares y matorrales.

Se está claramente al borde de la guerra civil. Hará falta la sangre fría del poder central y las firmes declaraciones de numerosas unidades del ejército en todas las provincias para cambiar el curso de las cosas.

¿Qué lecciones sacar, para el futuro, de este género de episodios? En un primer momento, Wang Li, el rostro entumecido, es recibido como un héroe en Pekín. Kiang Tsing, mujer de Mao y gran dirigente rebelde, le da calurosamente la acogida. El 25 de Julio, un millón de personas lo aclaman, en presencia de Lin Piao. La corriente ultraizquierda, que piensa tener el viento en popa, pide una depuración radical del ejército. Es también en este momento, en el mes de agosto, cuando murales denuncian a Chu En-lai como derechista.

Pero todo eso no es sino la apariencia de un instante. Ciertamente, en Wuhan, se impone sostener a los grupos rebeldes, y se reemplaza a Chen Tsai-tao. Solamente dos meses más tarde, es Wang Li el que será brutalmente eliminado del grupo dirigente, no existirá depuración significativa del ejército, la importancia de Chu En-lai no hará más que engrandecer, y la vuelta al orden comenzará a ejercerse contra los guardias rojos y ciertas organizaciones rebeldes obreras.

Lo que esta vez se pone en evidencia es el papel fundamental del ejército popular en tanto pilar del Partido-Estado chino. A él se le confió en la Revolución un papel estabilizador, se le pide que sostenga a la izquierda rebelde, pero no está previsto ni se tolera que se divida ni se abra así a gran escala la perspectiva de la guerra civil. Aquellos que deseen llegar hasta ahí serán todos poco a poco eliminados. Y el haber pactado con ellos entrañaría contra la misma Kiang Tsing, y con ella ahí comprendido, me parece, también Mao, una tenaz sospecha.

Y es que en este estadio de la Revolución cultural Mao desea que la unidad se imponga, gane, entre las filas de los rebeldes, particularmente obreros, y comienza a temer y no tolerar los estragos del espíritu de fracción y la arrogancia de los guardias rojos. En septiembre de 1967, de vuelta de su viaje por las provincias, lanza la directiva “nada esencial divide a la clase obrera”, lo que, para quien sepa leer, significa en primer lugar que hay violentos disturbios entre organizaciones rebeldes y conservadoras, y en segundo que es preciso imperativamente que estos problemas cesen, que las organizaciones sean desarmadas, y que el aparato represivo retome el monopolio legal de la violencia, así como su estabilidad política. Desde julio, pero siempre haciendo prueba de su habitual espíritu de lucha y de rebelión (dice incluso en este momento, con una visible delectación que “todo el país está en la pelea” y que “la lucha, incluso violenta, es buena; una vez que las contradicciones aparecen a plena luz del día es más fácil resolverlas”), Mao se inquieta por la guerra de facciones, declara que “cuando son fundados comités revolucionarios, los revolucionarios pequeñoburgueses deben ser correctamente dirigidos”, estigmatiza el izquierdismo, que “es en realidad un derechismo”, y sobre todo se impacienta porque desde enero y la toma de poder de Shanghai “la ideología burguesa y pequeñoburguesa que estaba en pleno desarrollo entre los intelectuales y los jóvenes estudiantes ha arruinado la situación”.

La entrada de los obreros en las universidades

Desde febrero de 1968 los conservadores piensan que ha sonado la hora de la revancha, después de la involución del movimiento hacia el fin del verano de 1967. Pero Mao y su grupo están siempre alerta. Lanzan una campaña estigmatizando la “contracorriente de febrero” y renuevan su apoyo a los grupos revolucionarios y a la construcción de nuevos órganos de poder.

Sin embargo, el mantenimiento de las universidades bajo el yugo de los grupúsculos rivales ya no es sostenible, en una lógica general de la vuelta al orden y la perspectiva de un congreso del partido encargado de hacer el balance de la revolución (de hecho, este congreso se tendrá al principio de 1969, ratificando el poder de Lin Piao y de los militares). Es preciso dar un escarmiento, evitando el aplastamiento puro y simple de los últimos guardias rojos, concentrados en los edificios de la universidad de Pekín. La solución adoptada es del todo sorprendente: se hace llamar a millares de obreros organizados para que, sin armas, invadan la universidad, desarmen las facciones y aseguren directamente su autoridad. Como dirá más tarde el grupo dirigente: “la clase obrera debe dirigir en todo” y “los obreros se quedarán durante mucho tiempo en las universidades”. Este episodio es uno de los más sorprendentes de todo el período, puesto que hace visible la necesidad, para la fuerza anárquica y violenta de los jóvenes, de reconocer fuera de ella una autoridad “de masas”, y no solamente, ni incluso principalmente, la autoridad institucional de los dirigentes reconocidos. El momento es por otro lado tan sorprendente y dramático que algunos estudiantes disparan sobre los obreros, tanto que hay muertos, y tanto que, inmediatamente después, Mao y todos los dirigentes del grupo maoísta convocan a los líderes estudiantes más conocidos, en particular un tal Kuai Ta-fu, jefe venerado de los guardias rojos en la universidad de Pekín y nacionalmente conocido. De esta entrevista frontal entre los obstinados jóvenes revolucionarios y la vieja guardia existe una retranscripción⁶. Se ve a Mao expresar la grave decepción que le causa el espíritu de facción entre los jóvenes, y al mismo tiempo en un gesto de amistad política para con ellos, la voluntad de encontrar una salida. Se ve

⁶ Traducida y ampliamente comentada (en italiano) por Sandro Russo, ciertamente a día de hoy el analista más competente y más leal para todo lo que concierne a la Revolución cultural.

bien que a hacer venir a los obreros Mao quiso evitar que toda la situación acabara bajo “control militar”. Quiso proteger a aquellos que habían sido sus aliados iniciales, que fueron portadores del entusiasmo y de la innovación política. Pero Mao es también un hombre del Partido-Estado. Quiere su renovación, incluso violenta, no su destrucción. Sabe bien que sometiendo al cuadro de los jóvenes rebeldes “izquierdistas”, liquida el último margen dejado a lo que no coincide con la línea (en 1968) de los dirigentes reconocidos de la Revolución cultural: una línea de reconstrucción del partido. Lo sabe, pero se resigna. Pues no hay –y no hay ninguna- hipótesis alternativa en cuanto a la existencia del Estado, y el pueblo, después de dos años exaltantes pero muy dolorosos, quiere, en su inmensa mayoría, que el Estado exista y haga conocer, si es menester incluso duramente, su existencia.

El culto a la personalidad

Se sabe que el culto a Mao toma, durante la Revolución cultural, formas propiamente extraordinarias. No sólo las estatuas gigantes, el *Pequeño Libro rojo*, la invocación constante, en todas las circunstancias, del presidente, los himnos al “gran timonel”, sino sobre todo una extensión inusitada de la unicidad de la referencia, como si los escritos y dichos de Mao bastaran en cualquier momento, incluido cuando se trata de plantar tomates o decidir el uso (o no) del piano en los conciertos sinfónicos⁷. Es penetrante ver que son los grupos rebeldes más violentos, los más en ruptura con el orden burocrático, los que también llevan más lejos este aspecto de las cosas. Son ellos en particular los que lanzaron la fórmula de “la autoridad absoluta del pensamiento de Mao Tse-tung”, y declararon que había que someterse a este pensamiento incluso cuando no se e hubiera comprendido. Y esto son, es necesario reconocerlo, enunciados simplemente obscurantistas.

Asimismo, es preciso añadir que como todas las facciones y organizaciones enfrentadas se reclaman del pensamiento-Mao, la expresión, apta para designar orientaciones totalmente contradictorias, acaba por perder toda significación, salvo la de un uso sobreabundante de citas en las que la exégesis es constantemente variable.

Quisiera también hacer de pasada algunas observaciones. Por una parte, este género de devoción, tanto como el conflicto de las exégesis, son del todo corrientes en las religiones establecidas, incluidas las nuestras, y nadie ve ahí una patología, bien al contrario –los grandes monoteísmos permanecen así como sus vacas sagradas. Ahora bien, Mao ciertamente rindió infinitamente más servicios reales a su pueblo, que liberó simultáneamente de la invasión japonesa, del colonialismo rampante de las potencias “occidentales”, del feudalismo en los campos y del pillaje precapitalista, que lo que ha rendido en nuestros países ninguno de los personajes, ficticios o eclesiásticos, de la historia reciente de los llamados monoteísmos. Por otra parte, la sacralización, incluida la biográfica, de los grandes artistas es un dato recurrente de nuestra práctica “cultural”. Se concede importancia a las facturas de lavandería de tal o cual gran poeta. Si la política es, como yo creo, y tanto como puede serlo en efecto la poesía, un procedimiento de verdad, entonces no es ni más ni menos desatinado sacralizar a los creadores políticos que a los creadores artísticos. Quizás menos, bien mirado, pues la creación política es probablemente mucho más rara, ciertamente más arriesgada, y se

⁷ Los ejemplos son reales, y dieron lugar a artículos traducidos al francés en el magazine *Pékin Informations*. Se enseña como la dialéctica maoísta permite plantar tomates o como encontrar la línea justa en lo que concierne al empleo del piano en la música sinfónica en China. Estos textos son por lo demás interesantísimos, incluso convincentes, no exactamente en cuanto a su juego explícito, sino sobre lo que es una tentativa de crear completamente *un pensamiento otro*.

dirige más inmediatamente a todos, y singularmente a los que en general –como los campesinos y los obreros chinos antes de 1949- el poder tiene por inexistentes.

Todo ello no nos dispensa de ninguna manera de esclarecer el fenómeno particular del culto político, dato invariante de los Estados y de los Partidos comunistas, y dato paroxístico de la Revolución cultural.

Desde un punto de vista general, el “culto a la personalidad” está ligado a la tesis según la cual el Partido, representante de la clase obrera, es la fuente hegemónica de la política, el detentador obligado de la línea justa. Como se dice desde los años treinta “el Partido siempre tiene razón”. El problema es que nadie ni nada va a garantizar tal representación, ni tal certidumbre hiperbólica en cuanto a la racionalidad. Importa, por tanto, que exista, como sustituto de una tal garantía, una *representación de la representación* que sea, ella, una singularidad, legitimada precisamente por su misma singularidad. Finalmente, una persona, un cuerpo singular, viene a hacer oficio de garantía superior, en la forma estéticamente clásica del genio. Es, por lo demás, curioso que, amaestrados en la teoría del genio en el orden del arte, nosotros nos ofusquemos tanto cuando se trata de ella en el orden de la política. Para los Partidos comunistas, entre los años veinte y los años sesenta, el genio personal es solamente la encarnación, el punto fijo, de la dudosa capacidad representativa del partido. Pues es más fácil creer en la rectitud y en la fuerza intelectual de un hombre lejano y solitario que en la verdad y pureza de un aparato en el que se conoce muy bien a los pequeños jefes locales.

En China, la cuestión es todavía más compleja. Pues Mao, durante la Revolución cultural, encarna menos a capacidad representativa del Partido que lo que discierne y combate, en el Partido mismo, el “revisiónismo” amenazante. Es él quien dice, o deja decir en su nombre, que la burguesía es políticamente activa en el seno del Partido comunista. Es también quien anima a los rebeldes, propaga la consigna “hay razón para rebelarse”, fomenta los disturbios en el mismo momento en que es inciensado como presidente del Partido. A este título es, por momentos, para la masa de los revolucionarios, menos el garante del Partido real que la encarnación, en sí mismo, de un Partido proletario todavía por venir. Es como una revancha de la singularidad sobre la representación.

En definitiva, es preciso sostener que “Mao” es un nombre intrínsecamente contradictorio en el campo político revolucionario. Por un lado, es el nombre supremo del Partido-Estado, su presidente incontestable, el que detenta, en tanto que jefe militar y fundador del régimen, la legitimidad histórica del Partido comunista. Por otro lado, “Mao” es el nombre de lo que, del Partido, no es reductible a la burocracia de Estado. Y ello lo es evidentemente por las llamadas a la revuelta lanzadas en dirección de la juventud y de los obreros. Pero lo es desde el interior mismo de la legitimidad del Partido. Sin embargo, es en efecto a través de decisiones transitoriamente minoritarias, incluso disidentes, como Mao aseguró la continuación de la experiencia política del todo singular de los comunistas chinos entre 1920 y la victoria de los años cuarenta (desconfianza en la opinión de los consejeros soviéticos, renuncia al modelo insurreccional, “cercamiento de las ciudades por el campo”, prioridad absoluta de la ligazón de masas, etc...). Bajo todos los aspectos, “Mao” es el nombre de una paradoja: el rebelde en el poder, el dialéctico en la prueba de las necesidades continuas del “desarrollo”, el emblema del Partido-Estado en la busca de su superación, el jefe militar ensalzando la desobediencia a las autoridades⁸... Esto es lo que dio a su “culto” un aspecto frenético, pues acumulaba, subjetivamente, el acuerdo dado a la pompa estatal de tipo estalinista, y al entusiasmo de toda la juventud revolucionaria por el viejo

⁸ Sobre Mao como paradoja, es necesario leer el hermoso libro de Henry Bauchau, *Mao Tse-tung*.

rebelde al que el estado de las cosas no sabía satisfacer, y que quería avanzar vivamente hacia el comunismo real. “Mao” nominaba la “construcción del socialismo”, pero también su destrucción.

En definitiva, la Revolución cultural, en su mismo impasse, testimonia la imposibilidad de liberar realmente y de manera global la política del cuadro del Partido-Estado, cuando ella está allí encerrada. Es una irremplazable experiencia de saturación, puesto que en ella una voluntad violenta de buscar un nuevo camino político, de relanzar la revolución, de encontrar las formas nuevas de la lucha obrera en las condiciones formales del socialismo, todo lo que viene a embarrancarse en el mantenimiento obligado, por razones de orden estatal y de rechazo de la guerra civil, del cuadro general del Partido-Estado.

Hoy sabemos que toda política de emancipación debe acabar con el modelo del Partido, o de los partidos, afirmarse como política “sin partido”, sin caer, sin embargo, en la figura anarquista, que nunca ha sido más que la crítica vana, o el doble, o la sombra, de los partidos comunistas, tal y como la bandera negra no es más que el doble o la sombra de la bandera roja.

Nuestra deuda hacia la Revolución cultural sigue siendo inmensa. Pues, anudado a esta valerosa y grandiosa saturación del motivo del Partido, contemporánea de lo que aparece claramente hoy como la última revolución todavía atada al motivo de las clases y de la lucha de clases, nuestro maoísmo habrá sido la experiencia y el nombre de una transición capital. Y sin esta transición, o allí donde no se la es fiel, no hay nada.

Una cronología muy somera de la Revolución cultural

1. Prehistoria próxima (de las “cien flores” a la “banda negra”)

- a) Campaña “que cien flores se abran” (1956). En Junio de 1957, la campaña se convierte en una muy violenta denuncia persecutoria de los “intelectuales derechistas”, inmediatamente calificados para lo que sigue como “genios malhechores”. Lanzamiento del “gran salto adelante” en Mayo de 1958, y en agosto de 1958 de las “comunas populares”. En Agosto de 1959, destitución de Peng Teh-huai (ministro de Defensa) que crítica el movimiento de colectivización. Lin Piao lo reemplaza.
- b) A partir de 1961, constatación de un balance desastrosos del voluntarismo económico. El Comité Central decide “reajustar” los objetivos. Liu Shao-shi reemplaza a Mao Tse-tung en la presidencia de la República. Entre 1962 y 1966, se venden en China quince millones de ejemplares de las obras de Liu contra seis millones de las de Mao. Aparición de la pieza histórica de Wu Han (vice-alcalde de Pekín), *La destitución de Hai Jui* (crítica indirecta de la destitución de Peng Teh-huai). En septiembre de 1965, en una conferencia del buró político, pide y no obtiene la condena de Wu Han. Se retira a Shangai.

2. La apertura (del artículo de Yao Wen Yuan a la decisión en 16 puntos)

- a) En colaboración con Kiang Tsing, mujer de Mao, Yao Wen-yuan publica en Shangai un artículo muy violento contra Wu Han. Se apunta hacia el alcalde de Pekín, Peng Cheng, tenido por el jefe de una “banda negra”. En enero/febrero de 1966, existe la constitución, para juzgar el caso, de un primer “grupo de la Revolución cultural del Comité Central”, paradójicamente bajo a autoridad de Peng Cheng. Este grupo (llamado “de los cinco”) difunde las tesis de febrero, muy anodinas, que tienden a limitar la crítica.
- b) Sin embargo, otro grupo se constituye en Shangai, bajo la égida de Lin Piao y de Kiang Tsing, que intenta una “discusión sobre las actividades literarias y artísticas en el ejército”. Textos transmitidos a la comisión militar del Comité Central (órgano de la más alta importancia). La división del partido parece consumada.
- c) En mayo de 1966, reunión “ampliada” del buró político. Nombramiento e un nuevo (grupo de revolución cultural del Comité Central”, denuncia vehemente del grupo de Peng Cheng en un documento fundamental para todo lo siguiente, documento conocido bajo el nombre de “circular del 16 de Mayo”. Es preciso, dice el texto, “criticar a los representantes de la burguesías infiltrados en el Partido, el gobierno, el ejército y los medios culturales”. Desde el 25 de Mayo, 7 siete estudiantes de la Universidad de Peita atacan en un mural en grandes caracteres al rector de la universidad. Verdadero principio de la movilización estudiante.
- d) Mao deja Pekín. Las autoridades envían a las universidades “grupos de trabajo” a fin de controlar el movimiento. Entre finales de Mayo y fines de

Julio, período llamado “de los cincuenta días”, donde domina el encuadramiento brutal por estos “grupos de trabajo”.

- e) El 18 de Julio, Mao entra en Pekín. Abolición de los grupos de trabajo. Del 1 al 12 de agosto se mantiene una sesión del Comité central “ampliado”. Digamos que lo que no mantiene son las formas. Lin Piao utiliza al ejército para prohibir la presencia de miembros regulares, y permite la presencia de revolucionarios venidos del mundo estudiantil. La línea maoísta obtiene en estas condiciones una corta mayoría. Mao sostiene públicamente el mural de la Universidad de Peita. Aparece ante la muchedumbre el 9 de Agosto. Carta política de la revolución: La “declaración en 16 puntos”. Donde se dice en particular: “En la Gran Revolución cultural proletaria, las masas no pueden más que liberarse por ellas mismas, y no se puede de ningún modo ocupar su lugar”. Es decir, que no se reprimirán las iniciativas de los grupos estudiantes.

3. El período de los “guardias rojos”

- a) A partir del 20 de Agosto, venidos de los edificios escolares y universitarios, grupos de activistas de “guardias rojos” se propagan por la ciudad, a fin de “destruir de arriba abajo el pensamiento, la cultura y las costumbres viejas”. En particular, muy dura persecución de los intelectuales y profesores, considerados una vez más, incluido en la boca de Mao, como “genios malhechores”. Sucesión de inmensas formaciones de guardias rojos en Pekín, consecuencia en particular del derecho que les es acordado de circular gratuitamente en los trenes, para “grandes intercambios de experiencia”. Crítica de Liu Shao-shi y de Teng Hsiao-ping por murales, panfletos caricaturas, pequeños periódicos...
- b) A partir de noviembre primeros incidentes políticos ligados a la intervención de los guardias rojos en los lugares de producción. Los anti-maoístas utilizan los sindicatos oficiales y algunas milicias campesinas contra los revolucionarios, quienes comienzan a dividirse en grupúsculos (el “fraccionismo”). Violencias por aquí y por allí.

4. Entrada en escena de los obreros y “tomas de poder”

- a) Las autoridades situadas en Shangai provocan disturbios al fomentar toda suerte de reivindicaciones “economistas” en el medio obrero. Problema particularmente afilado: el salario de los trabajadores agrícolas (obreros-campesinos) temporales, y la cuestión de las primas. Huelga de los transportes, y caza a los grupos estudiantes. En enero de 1967, un conjunto de guardias rojos y de “rebeldes revolucionarios” obreros, que han formado “comités de fábrica”, apoyados por una parte del ejército, “toman el poder” ocupando los edificios administrativos, los medios de comunicación, etc. Destituyen al comité de partido y deciden formar la “comuna de Shangai”. Interminables negociaciones entre los grupos. Dominación de los grupos obreros y presencia todavía muy limitada de los viejos cuadros del partido y del ejército.
- b) Las “tomas de poder” se generalizan en todo el país a partir de febrero de 1967. Gran desorden en el Estado y la economía. La politización muy desigual hace que la puesta a punto de nuevos órganos de poder sea

anárquica y precaria. Tendencia a destituir y “juzgar” a todos los viejos cuadros, o al contrario, manipulación por estos cuadros de grupos “revolucionarios” más o menos amañados. Ajustes de cuentas mezclados con el entusiasmo revolucionario.

- c) La autoridad central está entonces concentrada en el grupo del comité central para la Revolución cultural por una parte, el consejo de los asuntos de Estado, dirigido por Chu En-lai por otra, y en fin la comisión militar, sujeta por Lin Piao. Decide una fórmula para los nuevos poderes, llamada la “triple unión”: un tercio de representantes de las “masas revolucionarias”, un tercio de los cuadros del partido puestos a prueba o que se han enmendado, un tercio de militares. Las organizaciones revolucionarias “de masas” deben previamente unirse entre ellas (la “gran alianza”). El nombre de nuevo órgano revolucionario es. “Comité revolucionario de triple unión”. El primer comité provincial de este género se forma el 13 de febrero (provincia de Kueicheu).

5. Disturbios, violencias y escisiones de todo género

- a) Al mismo tiempo que comienza, en la prensa oficial, la crítica de Liu Shao-shi (sin que su nombre sea todavía pronunciado), el desorden crece por todas partes. Numerosas violencias, incluidas las armadas, oponen ya sea a los maoístas y a los conservadores, ya sea a las fuerzas de seguridad y al ejército, tanto a los unos como a los otros, ya sea en fin a los grupos maoístas entre ellos. Las organizaciones de masas se escinden muy rápidamente. La dirección revolucionaria también se divide. Una tendencia aspira a unir lo más rápido posible a todas las organizaciones revolucionarias, y a poner en su lugar a comités haciendo sitio a los viejos cuadros. De hecho, esta tendencia quiere reconstruir rápidamente el Partido. Chue En-lai, encargado en verdad de mantener las funciones elementales del Estado, es el más activo en esta dirección. Otra tendencia quiere eliminar a un gran número de cuadros, y ampliar la depuración a toda la administración, incluido el ejército. Sus representantes más conocidos son Wang Li y Tsi Pen-yu.
- b) En julio el incidente de Wuhan pone a la región, y finalmente al país, en un clima de guerra civil. El ejército, en esta ciudad, protege abiertamente a los cuadros tradicionales y las organizaciones tradicionales obreras que les están ligadas. Wang Li, enviado del Centro, que quiere sostener a los “rebeldes”, es secuestrado y apaleado. Es necesario hacer intervenir a las fuerzas militares exteriores. La unidad del ejército es también amenazada.
- c) Aparición de murales contra Chu En-lai. Todo el mes de agosto, violencias anárquicas, en particular en Cantón. Los depósitos armados fueron saqueados. Decenas de muertos todos los días. La embajada británica es incendiada en Pekín.

6. Los comienzos de la vuelta al orden, y el fin de la revolución propiamente dicha

- a) En septiembre de 1967, Mao, después de un viaje por las provincias, corta a favor de la línea “reconstructora”. Fundamentalmente sostiene a Chu En-lai y da al ejército el papel esperado (allí donde las fracciones no lleguen a entenderse se pasará a “control militar”). El grupo de extrema izquierda

(Wang Li) es eliminado de los órganos centrales. Se organiza para todo el mundo, siempre bajo la égida de los militares, “cursos de estudio del pensamiento de Mao Tse-tung”. Consignas: “sostener la izquierda y no las fracciones”, a partir de un enunciado contenido en el informe de Mao: “nada esencial divide a la clase obrera”.

- b) En numerosos lugares, esta rectificación es practicada como una violenta represión de los guardias rojos, incluso de los rebeldes obreros, y una ocasión de venganza política (es la “contracorriente de febrero de 1968). Así, Mao, llama de nuevo a la acción a finales de marzo de 1968: es preciso defender los comités revolucionarios y no tolerar ni los disturbios ni el fraccionismo.
- c) Esta es, sin embargo, la última escaramuza “de masas”. La autoridad central decide acabar con estos últimos bastiones de la revuelta estudiante, liberados a las guerras, a veces sangrientas, de grupúsculos, evitando, al menos en Pekín, el control militar inmediato. Se envían destacamentos obreros a las universidades. El grupo central de la Revolución cultural recibe a los más célebres estudiantes “izquierdistas”, que resistieron físicamente a la entrada de los obreros. Es un diálogo de sordos (el “rebelde” estudiante más notorio, Kuai Ta-fu, será arrestado).
- d) La consigna “la clase obrera debe dirigir en todo” fija el fin de los guardias rojos y de los rebeldes revolucionarios, y abre, bajo el nombre de “lucha, crítica, reforma”, una fase dirigida a la reconstrucción del partido. Muchos jóvenes revolucionarios son enviados al campo, o a los campos lejanos.

7. Referencias posteriores

- a) El noveno congreso del Partido, en abril de 1969, implica un retorno al orden autoritario, largamente estructurado por el ejército (45% e miembros del Comité Central) bajo la dirección de Lin Piao.
- b) Este período militarista, terriblemente represivo, conduce a nuevos enfrentamientos violentos en el seno del partido. Lin Piao es eliminado (probablemente asesinado) en 1971.
- c) Hasta la muerte de Mao, largo período complejo, marcado por el conflicto incesante entre Teng Hsiao-ping y numerosos viejos cuadros, devueltos a sus asuntos bajo la protección de Chu En-lai por un lado, y, por otro, la “banda de los cuatro”, que encarna la memoria de la revolución cultural (Yao Wen-yuan, Tchang Tchouen-kiao, Kiang Tsing y Wang Hong-wen).
- d) Justo después de la muerte de Mao, en 1976, los cuatro son arrestados. Teng toma el poder por un largo período, que es con mucho y en efecto de vuelta a poner a punto los métodos capitalistas (se le llamaba durante la Revolución cultural “el segundo de los más altos responsables que, a pesar del Partido, está comprometido en la vía capitalista”, junto con el mantenimiento del Partido-Estado.

EXTRACTO

LA “REVOLUCIÓN CULTURAL” tiene por imagen oficial, tanto en China como en Francia, diez años (1965/1976) de caos sangriento ocasionados por feroces luchas por el poder. Las violencias, especialmente ejercidas por una juventud liberada a la pasión de la Historia, fueron en efecto anárquicas y extremas. Pero lo que nos interesa es el enigma de una “revolución” en donde todo un Partido-Estado por entero se expone, en suma voluntariamente, a una suerte de destitución popular. Tentativa que, desde el interior de un pensamiento del Partido, propone fragmentariamente un modo de existencia de la política, singularmente obrera, librada del Partido.

Revolución en suma a la vez “del” Partido y “contra” el Partido. Empleemos la palabra de Lacan: *éxtima*. Exterior e íntima, simultáneamente. Y sin duda, fracasando en el ser, apertura de la época de las políticas “sin partido”.

A. B.